

RESEÑAS

Bass, William M. *Human osteology. A laboratory and field manual*, third edition, Columbia, Mo., Special publication N° 2 of the Missouri Archaeological Society, 1987.

El presente libro es un manual dirigido tanto a estudiantes como profesionales para su uso en terreno y laboratorio, con el fin de ayudar a identificar, estudiar y analizar los restos óseos humanos. Está ordenado de manera de ser utilizado como un texto guía para desarrollar una unidad osteológica dentro de un programa, o para ser usado dentro de un curso introductorio o avanzado en Antropología Física o Arqueología.

El interés del autor al publicar este libro surge al observar que dentro de la literatura científica no existían, hasta 1971, publicaciones dirigidas a entregar información suficiente para la identificación y análisis de los huesos del esqueleto humano. Con este manual pretende mejorar esta deficiencia, pero sin llegar a ser un resumen completo, pues va más allá de sus fines y abultaría en demasía su tamaño deseable.

En éste presenta cada hueso por separado, ilustrando su anatomía básica y los puntos anatómicos más importantes, junto con información precisa acerca de su desarrollo, sexo y edad. Provee de los criterios para determinar lado en los huesos pares, de las principales medidas antropométricas y de los índices y datos comparativos que facilitan la comprensión de este tipo de análisis. En el caso especial de algunos huesos, hace notar también sus variaciones y anomalías.

Desde la primera edición de este manual (1971) hasta su tercera edición (1987), ha crecido notablemente el campo de la biología esquelética. Aunque los conocimientos acerca de la anatomía del esqueleto no han variado, ha aumentado el conocimiento especialmente en lo que se refiere al análisis de funciones discriminantes. Al incorporar esta información en la tercera edición, el autor lo ha hecho en su ubicación adecuada dentro de cada capítulo y no bajo forma de un capítulo especial al final del libro, preocupándose de describir las poblaciones de referencia que fueron estudiadas para desarrollar dichas fórmulas.

Por lo general se da el caso al excavar un cementerio arqueológico en el que cerca de la mitad de los esqueletos humanos recuperados corresponden a subadultos. Este libro incorpora ilustraciones e información para identificar material subadulto que de otra manera no es muy fácil de encontrar.

El manual contiene al final dos apéndices, siendo el primero un glosario de términos e información miscelánea útil al estudiante de osteología, y el segundo un instrumento destinado básicamente al trabajo arqueológico, tanto en terreno como en laboratorio. Entrega una lista de lo que siempre debe hacerse y lo que nunca debe ocurrir en las etapas de excavación, transporte, limpieza y manejo del material esquelético humano. Previene de esta manera ante los probables accidentes que pueden suceder debido a acciones irreflexivas, puesto que la mayor parte del daño y de mezcla de dicho material es causado por este tipo de acciones.

FLORENCE CONSTANTINESCU

Bird, Junius. *Viajes y Arqueología en Chile Austral*, Ediciones de la Universidad de Magallanes, Punta Arenas, 1993, traducción al español del original en inglés editado por John Hyslop, University of Iowa Press, 1988.

Con apenas cinco años de diferencia, aparece en edición española una obra que se gestó durante medio siglo, a partir de las investigaciones que realizara Junius Bird en la Patagonia Chilena entre 1932 y 1937. Estos trabajos constituyeron un aporte pionero, no sólo para la arqueología de Patagonia, sino para la arqueología de Chile y América en general. Apenas diez años después de que se aceptara en Folsom, la coexistencia de seres humanos y fauna extinta, Bird consignaba la misma asociación para el “último confin” del continente americano, desafiando la fuerte resistencia a la noción de un poblamiento pleistoceno del continente (ej. Hrdlicka, Holmes) y sembrando argumentos que aún pesan en la polémica sobre la antigüedad del hombre americano.

Aunque parezca poco convencional, la alusión a “viajes” en el título mismo de este volumen subraya una de las lecciones más valiosas de la obra: el compromiso global de Junius Bird como persona con lo que hacía mejor y con más gusto. A través de notas del diario de campo de su mujer Peggy —hábilmente intercaladas por el editor entre croquis estratigráficos y descripciones de artefactos— el lector va conociendo detalles de la vida diaria de quien abriera caminos insospechados a la arqueología de Patagonia sin forzar en lo más mínimo su naturaleza curiosa y aventurera, su gran inteligencia práctica, su intuición para interpretar los signos de la naturaleza, su capacidad de escuchar a los lugareños y extraer de ello información relevante, su amor por la vida al aire libre. Tal vez valga mencionar también su sentido del humor, compartido sin duda por su mujer, como se transmite en varios puntos de su diario.

Las sabrosas anécdotas del “diario de viaje” nos hacen añorar un tiempo en que la investigación se emprendía con recursos propios, combinando aventura, trabajo y luna de miel, en armonía con los ritmos y giros propios de la vida personal de cualquiera.

Lejos de ser un investigador “romántico”, sin embargo, Bird asumía su tarea con celo y responsabilidad. Aunque su curiosidad y energía lo llevaran de un campo a otro (y el terreno quizás no le dejara tiempo para publicar tanto y tan seguido como se usa en nuestra época de informes, concursos y currículos...) la calidad de sus registros, fotografías y dibujos de campo —así como la dedicación al cuidado y catalogación sistemática de sus colecciones— hizo posible compilar un volumen tan rico y coherente como éste con posterioridad a la muerte del autor en abril de 1982. De hecho, el volumen integra con plena coherencia los trabajos desarrollados por otros autores en estos sitios y las excavaciones que realizara Bird al regresar a Cueva Fell en 1969, junto con informes de análisis de materiales y hasta referencias a comunicaciones epistolares, ofreciendo así una imagen global que, por lo general, es impensable, incluso en proyectos mucho más breves.

No es causalidad que dos de las primeras muestras arqueológicas que recibiera Willard Libby, luego de anunciar —en 1950— el desarrollo de la dotación radiocarbónica, correspondieran a restos de carbón que Bird había recuperado al excavar en Palli Aike y Cueva del Milodón y había conservado cuidadosamente, “por si servían alguna vez para algo...” (p. 40). También evidencian imaginación y apertura a lo nuevo aquellos desarrollos técnicos que introdujera Bird en relación a la excavación estratigráfica, o sus discusiones sobre experimentación en fractura de huesos (p. 68), estimación de tiempo por tasas de depositación (p. 71), reensamblejes (p. 175) y otros temas considerados hoy “de avanzada”.

Merece especial reconocimiento el editor John Hyslop, quien asumió esta tarea por encargo de sus superiores del American Museum of Natural History sin tener experiencia ni

interés personal previo en estos temas. El cariño, inteligencia y dedicación invertidos se vieron recompensados en la satisfacción de poder ver la primera edición en inglés recién terminada, justo antes de fallecer.

De este modo, *Viajes y Arqueología en Chile Austral* se convierte en una obra colectiva elaborada durante varias décadas y en un homenaje a sus protagonistas. Trayectoria que concluyen con gran dignidad Mateo Martinic, Edmundo Pisano y otros especialistas que desde el Instituto de la Patagonia —y actualmente bajo el alero de la Universidad de Magallanes— han venido aportando con permanente esfuerzo y entusiasmo desde hace ya 25 años a la investigación y conocimiento del extremo austral de Chile.

Se trata, en realidad, de una edición que nada tiene que envidiar a la original en inglés. Su presentación —sobria y atractiva a la vez— es absolutamente fiel a la edición en inglés, aunque algunos detalles —como el cambio de color y fotografías en la portada— delatan el cariño editorial de quien no pudo resistirse a poner un “toque personal”. La calidad del papel y las fotografías son ejemplares y los errores de tipeo, casi inexistentes.

Ni este libro ni ninguno puede aspirar a ser una obra definitiva. De hecho, muchas afirmaciones de Bird (ej. cremación paleoindia, diferenciación cronológica y filiación selk'nam de las pequeñas puntas “período V”) están hoy en discusión, y es de esperar que la divulgación sistemática de estas colecciones y contextos a través de *Viajes y Arqueología en Chile Austral* se traduzcan en un renovado interés por su reevaluación en el terreno y el laboratorio.

Es de esperar, también, que este hermoso esfuerzo de la Universidad de Magallanes sea incentivo para dar forma final y adecuada divulgación a la traducción de otra obra maestra de Junius Bird, *Excavaciones en el Norte de Chile* que —aunque editada por Mario Rivera y publicada por la Universidad de Tarapacá en 1988— ha visto entorpecida su distribución por una serie de motivos. Luego de leer con gran placer *Viajes y Arqueología en Chile Austral*, parece difícil que haya algún obstáculo más importante que la necesidad de dar a conocer los resultados de investigaciones realizadas en Chile a la amplia comunidad de lectores hispanoparlantes.

FRANCISCO MENA

Luhmann, Niklas. *Sistemas Sociales. Lineamientos para una Teoría General*, México D.F., Universidad Iberoamericana y Alianza Editorial, 1991.

El pensamiento de Niklas Luhmann (1927) era hasta hace unos pocos años prácticamente desconocido en nuestro medio, actualmente nadie, medianamente informado, puede dejar de reconocer que se trata de uno de los referentes protagónicos que guía la renovación teórica de las ciencias sociales contemporáneas.

Lamentablemente, durante mucho tiempo su obra no estuvo disponible para el mundo hispanoparlante, su difusión dependía de algunas desafortunadas traducciones, artículos dispersos y de la voluntad didáctica de quienes hemos trabajado con él. Hoy, afortunadamente, tenemos una explosión de textos que tienen por motivo central la teoría de este intelectual alemán y además se empiezan a disponer, en nuestro idioma, algunas de sus obras centrales.

Desde México un grupo de universidades se han unido para entregar excelentes traducciones de recientes libros de Luhmann: *Sociología del Riesgo* (1992); *El Sistema Educativo* (1993); *Teoría de la Sociedad* (1993) y la lista aún no termina. Entre todas la publicaciones

destaca, por su enorme importancia, el desafío de presentar uno de los pilares de su pensamiento: *Soziale Systeme. Grundriss einer Allgemeinen Theorie*, cuya primera edición en idioma alemán apareció en 1984 —de cuyo impacto tuvimos la fortuna de ser testigos— y del cual sólo su primer capítulo había sido adelantado en una traducción del filósofo español Ignacio Izuzquiza en 1990 a través de Ediciones Paidós.

El texto consta de 12 capítulos desplegados en poco menos de 500 páginas y se presenta bajo el título: *Sistemas Sociales. Lineamientos para una Teoría General*. Allí se abordan los fundamentos de la ciencia de los sistemas sociales, presentándose la versión más madura —y acabada— de oferta paradigmática para las ciencias sociales. Luhmann, no se detiene en reelaborar el tipo de pensamiento que a modulado todo quehacer en las ciencias sociales desde su desprendimiento de la filosofía, por el contrario, derechamente ofrece un programa teórico original para enfrentar la observación de la sociedad contemporánea. En consecuencia, *Sistemas Sociales*, no es un libro sobre sociología, filosofía, antropología u otras disciplinas particulares, es un *programa de observación* —o repertorio de distinciones como preferimos decir— para las materias a que tales ciencias se abocan. No es extraño, por lo tanto, que originalmente su contenido se haya supuesto como la Introducción para una teoría de la sociedad.

Reflejando cabalmente y a todo despliegue la magnitud de la obra de Luhmann, en el texto se elaboran y refinan conceptos tales como: sentido, temporalidad, complejidad, contingencia, acción, comunicación, sistema, entorno, mundo, expectativas, estructura, proceso, autorreferencia, clausura, autoorganización, autopoiesis, individualidad, observación, autoobservación, descripción, autodescripción, unidad, reflexión, diferencia, información, interpretación, interacción, sociedad, contradicción, conflicto, etc. Cada uno de los cuales se trata conectivamente, es decir, dentro de un sistema conceptual conducido por su propia autorreferencia.

El enorme desafío trazado tiene por correlato el nivel del texto. Muchos lectores se han estrellado frente a la consistencia y rigurosidad de un discurso que intenta equipararse con la complejidad que trata, nada menos que las bases epistemológicas para enfrentar la observación de la sociedad en sus múltiples diferenciaciones. Como señala el propio autor: la edificación de la teoría se asemeja más a un laberinto que a una autopista con un final feliz.

No pocos han intentado transferir sus propias limitaciones como excusa para evitar enfrentar su lectura. Muchos, más audaces —pero no menos cómodos— hablan de Luhmann desde su antípoda, descuidan el hecho de que J. Habermas (*La Lógica de las Ciencias Sociales*, 1988), como señala Torres, el prologista, inventa su propia versión de la teoría de sistemas y después se la adjudica a Luhmann (y no es el único que lo hace). Nada mejor que la oportunidad de ver el original, aunque el vuelo de la abstracción deberá hacerse sobre las nubes, y habrá que contar con una capa espesa. En forma equivalente, quienes están interesados o familiarizados con la obra de Maturana podrán aquilatar las distancias y encuentros entre sus respectivos aportes, lo mismo los interesados en las ciencias cognitivas o en el debate de los constructivistas.

Dos aspectos suplementarios apuntan a un rinde específico para antropólogos interesados en Luhmann: un refinado uso del método de las equivalencias funcionales como recurso heurístico y la aplicación de un pensamiento que gana información desde la diferencia. Más que una nueva definición de cultura el aporte de este pensador alemán a la disciplina se anida en el ethos mismo de ella —el método comparativo y la búsqueda de la generalidad en la variabilidad, es decir la significatividad de que habla Levi-Strauss—.

Muchos se preguntarán si vale la pena el esfuerzo de enfrentarse a una tan extensa y compleja lectura. Valga aquí nuestra propia experiencia. Durante el año 1993, organizamos bajo el auspicio del Departamento de Antropología un Seminario Interno con el objeto de trabajar el texto. En él se congregó un pequeño grupo de jóvenes investigadores, entre ellos dos postgraduados —uno en comunicación y otro en ecología—. Después de un par de meses se pudo constatar el fruto: cada uno de los participantes empezó a asimilar la teoría y a aplicarla a sus ámbitos de interés y ello no tuvo nada que ver con una artificiosa e irrestricta adhesión al texto o al autor, sino que con un auténtico crecimiento intelectual cuyos frutos, estamos seguros, no tardarán en llegar.

Con respecto de la aplicabilidad de la propuesta luhmanniana, digamos con el autor que con el concepto de sistema se designa lo que en verdad es un sistema: se asume con ello la responsabilidad de probar afirmaciones frente a la realidad. Entre nosotros tal tarea ha sido asumida, queda expresada en un número creciente de Memorias, Tesis e investigaciones en curso, que tienen como marco la perspectiva cuyas bases se presentan en el libro que comentamos.

MARCELO ARNOLD

Orellana, Mario. *Historia y Antropología de la Isla de La Laja*. Santiago. Ed. Universitaria. Colección Imagen de Chile. 1992.

El interés por las sociedades indígenas del territorio Centro Sur chileno se ha reactivado enormemente en los últimos años. Paulatinamente se ha ido visualizando en términos históricos una “diversidad étnica”, con procesos de desarrollo cultural diferenciado y pautas de comportamiento singulares que, de una u otra manera, han estado ocultas bajo la pretendida homogeneidad mapuche contemporánea. Tal es el caso de los pehuenches, sacados al tapete de la historia en 1989 por el historiador Sergio Villalobos, quien cataliza dentro del fenómeno sociocultural “de la frontera” un caudal de información documental que le permite configurar en diferentes tiempos a esta etnia, vinculándola con los eventos sociales y económicos de la sociedad hispano-criolla.

Historia y Antropología de la Isla de La Laja se enmarca dentro de este intento por dar coherencia y aumentar la información disponible de una cultura prácticamente desconocida en nuestros medios académicos. El autor comienza una prolija reconstrucción histórica del medio ambiente en el cual se centra su investigación. Desde una perspectiva de la documentación temprana, el profesor Orellana se ve enfrentado a la problemática de la denominación pehuenche. Los primeros observadores no coinciden del todo en los nombres para referirse a los grupos humanos que encuentran a su paso y existe, al menos primariamente, un calificativo general de puelches, (gente del oriente) para referir a toda una gama de sociedades cordilleranas. La estrategia del autor es entonces, la de encontrar en las mismas fuentes documentales, algunos rasgos de identidad para los pehuenches tempranos. Algunos de estos rasgos culturales son, “tocados en la cabeza con cuerdas de lana a manera de red que sirve de careaj para las flechas, el uso de grasa en el cuerpo (enjibados con untos de caballo), que produce escosor entre los hispanos a causa del mal olor que desprendían con estos enjutos”. El uso de una sustancia venenosa en las flechas y vestiduras con pellón grande de animales. A partir de estos rasgos, nos dice: “Estas descripciones tan parecidas mostrarían al menos en

Pineda y Bascañán y Bihar que: "...están describiendo a los mismos aborígenes, así puelches o pehuenches de Núñez de Pineda, y sus rasgos culturales probarían, que los puelches de Bihar son también pehuenches (o chiquillanes muy asimilados a los pehuenches)." (p. 40).

Aunque sin ser concluyente con respecto a los datos proporcionados por los cronistas tempranos, el profesor Orellana afirma: "Parece prudente concluir, a partir de los datos estudiados, que en el siglo XVI el nombre Pehuenche no se usa y sólo se hace referencia a los indios serranos o de la cordillera; incluso que todos sus rasgos culturales corresponden a unos aborígenes cazadores y recolectores que no tienen habitaciones permanentes, es decir, vagan de un lugar a otro de acuerdo a las estaciones y a las posibilidades de alcanzar éxito en la subsistencia." (p. 43).

Recientes investigaciones parecen señalar al menos primariamente esta información: el término Puelche englobaría a diferentes grupos humanos que se desenvuelven en una órbita cazadora recolectora en el ámbito cordillerano, entre estos grupos humanos estarían principalmente chiquillanes, tehuelches septentrionales y huilliches. Al respecto, el investigador argentino Rodolfo Casamiquela distingue entre los pehuenches a dos etnos distintos, una porción septentrional de posible extracción huárpida y otra meridional fuertemente impactada por la porción más septentrional de la etnia tehuelche, idea que podría cotejarse con la información que proporciona el padre Francisco Joseph Gondar en 1762 en la misión de Rucagüe. Aquí el misionero agudamente distingue una parcialidad pehuenche y otra fuertemente mezclada.

Un rasgo definitorio para el autor, es el asentamiento semipermanente de esta etnia en el área de distribución espacial de los bosques de araucarias, que va de los 37° 30' hasta los 40°: "... todo el territorio oriental situado al Norte del lago Villarrica, hasta la altura de la ciudad de Chillán, estaba ocupado por los pehuenches, quienes a su vez deslindaban por el norte con los chiquillanes." (p. 38).

Hacia el siglo XVII el autor expone una serie de escaramuzas de los indígenas cordilleranos, aliados con indígenas de los llanos, atacando frecuentemente entre los ríos Itata, Ñuble y las proximidades del Maule, para esta época el sector occidental del río de La Laja como dice el propio Mario Orellana: "Era... una encrucijada importante de las acciones bélicas." (p. 53). Luego de la victoria indígena en Curalaba, los hispanos se vieron en la necesidad de cambiar sus estrategias de ocupación, iniciando un repliegue hacia el Norte. Por entonces la Isla de La Laja se convertía en un espacio, que daba un acceso privilegiado a los indios cordilleranos en sus correrías hacia la depresión intermedia. Casi hacia finales del siglo XVII, los hispanos refuerzan y restauran el antiguo fuerte de Conuco (San Fabián) y el antiguo fuerte de San Felipe de Austria, cerca de Yumbel, dedicados como dice el autor preferentemente a "la defensa del río Laja, construyendo varios fortines, 'Casas fuertes', entre los cuales debemos mencionar los establecidos en los vados de tarpellanca y el del Salto." (p. 50). Contrastando los datos de diferentes fuentes, descarta la información de Carvallo y Goyeneche, en el sentido de que, había hecho pensar que el gobernador Meneses habría iniciado la ocupación del territorio de La Isla. En este sentido el autor expresa:

"Fue el español José Núñez de la Cantera, quien con su familia inició la ocupación de un lugar importante de la Isla de La Laja. En 1685 eran dueñas de la estancia doña Ana Núñez de la Cantera y otras señoras del mismo apellido, de cuya circunstancia proviene su nombre." (p. 54).

1723 marca un hito para el autor en el sentido de que: "Fue el último impulso que llevó al gobernador y a sus asesores, especialmente civiles, a volver a situar la frontera físicamente

en la ribera norte del Bío-Bío. Los fuertes reconstruidos en el sector litoral y en los llanos estaban más cerca de Yumbel y de Concepción y podían ser defendidos con prontitud en caso de ataques indígenas, incluso colonos que comenzaban a poblar la Isla de La Laja se sentirían algo más seguros.” (p. 62).

Este desplazamiento de los fuertes y el aseguramiento de una línea defensiva, era ya a la sazón parte de una estrategia imperial, en el convencimiento de la Corona de una impracticable ocupación al sur del Bío-Bío. El autor es de la misma opinión que Sergio Villalobos en relación a la rebelión de 1723-1724, en el sentido de que fue realizada de manera exagerada por los contemporáneos. Según el profesor Orellana “los aborígenes, excepto asaltar algunas estancias y matar a unos cuantos españoles, no lograron tomarse ningún fuerte ni impedir la llegada de refuerzos, que incluso en un primer momento no fueron numerosos.” (p. 58). Aunque nosotros creemos que otros factores podrían incidir en la rebelión de 1723, como el fenómeno descrito por Leonardo León, de continuas malocas al territorio bonaerense provocadas por una combinación de indios pehuenches y llanistas. Éstas coincidieron con un proceso de deterioro de las relaciones hispano-araucanas en Chile y eventualmente explotaron en la guerra de 1723.

El siglo XVIII, como bien muestra el texto, está marcado por un delicado equilibrio. En la frontera comienza toda una serie de relaciones donde se mezclan políticas imperiales, la acción de gobernadores y maestros de campo, parlamentos, más el surgimiento de poderosas alianzas indígenas o hispano-indígenas. El autor señala también que en estos momentos los pehuenches serán definitivos aliados de los hispano-criollos. La acción misionera también contribuirá a generar presión en el espacio fronterizo, como en el caso de la idea de formar pueblos de indios, la cual fue vivazmente resistida por los indígenas situados al Sur del Bío-Bío.

Particularmente importante hacia fines del siglo XVIII es la gestión del Ambrosio O'Higgins, quien, con un profundo conocimiento de las diferentes parcialidades indígenas del territorio Centro Sur, supo atraerse a los pehuenches aprovechando viejas rivalidades de éstos con huilliches y llanistas. Logró debilitar también la presencia de grandes jefes militares indígenas, como bien dice el autor: “Debilita el poder del Jefe Lebian, e incluso cuando éste fue asesinado por algunos españoles consiguió que no se produjeran reacciones beligerantes entre los nativos. Igualmente se deshizo de Aillapangui.” (p. 68). Una vez que los pehuenches demostraron fidelidad a la Corona, éstos estuvieron en condiciones de enfrentarse incluso con ayuda hispana a sus tradicionales enemigos huilliches y asimismo, los hispanos se beneficiaron del control de algunas salinas por parte de pehuenches.

Particularmente interesante encuentra, quien habla, el fenómeno que ha suscitado en nuestro país el estudio de la frontera. La historia fronteriza es relativamente nueva, en nuestra historiografía y a través de ella se han vislumbrado una serie de fenómenos económicos, políticos, sociales y culturales; pacíficas investigaciones históricas con un gran cúmulo documental, le han dado coherencia a los datos obtenidos y han permitido la articulación del gran edificio fronterizo, de una riqueza excepcional en el plano social. Es de tal magnitud el fenómeno fronterizo que cualquier intento por parte de otras disciplinas sociales, tales como la arqueología o antropología de penetrar al mundo histórico del Centro Sur chileno pasa por una evaluación global de la frontera.

Es en este sentido, la importancia de la obra del profesor Orellana. Es tal vez el primer intento serio de evaluar el espacio fronterizo con sus propias estrategias; así por ejemplo, la evaluación arqueológica del arte rupestre encontrada en el área de estudio permite reconocer

una relativa unidad entre los grupos pehuenches y el estilo de paralelas, a través de la cual nos podemos hacer una idea de contactos y desplazamientos de diversas sociedades adaptadas a ámbitos cordilleranos. También, el estudio de los fuertes hispanos, permitieron completar la información que de ellos teníamos los historiadores. Aunque todavía en sus inicios el material cultural encontrado en éstos, como ser alfarería y otros utensilios nos ampliarán nuestra propia visión de los datos documentales.

Otro punto de sumo interés, que queda abierto, lo sugiere el mismo autor, en el sentido de completar su estudio con un trabajo de campo en algunas comunidades pehuenches contemporáneas de Callaqui, Queuco, Pítril, entre otras. Siguiendo las formulaciones hechas por el historiador Sergio Villalobos, que los pehuenches actuales poco tenían que ver con los pehuenches históricos, Mario Orellana inicia una indagación al respecto, ratificando un rápido proceso de desintegración cultural y un amplio mestizaje.

Esto nos lleva a preguntarnos desde una perspectiva teórica hasta dónde es posible ampliar el concepto de "frontera"(s).

La última parte de la obra del profesor Orellana nos da la respuesta. El fenómeno fronterizo cobra vida por sí mismo y se convierte en una poderosa herramienta explicativa para la antropología. Destacando estructuras tradicionales en Cauñicú (Valle del Queuco) sintetiza así todos los aportes de la historia fronteriza: "La importante aculturación producida con los grupos mapuches (la araucanización). Los contactos, cada vez más intensos, con los hispanos-criollos, sus correrías hasta el Sur de Mendoza, por el lado oriental y sus múltiples contactos con otros grupos de aborígenes; todo esto produjo cambios notables, sin que se perdiesen, sin embargo, instituciones tradicionales como religiosas y en general su cosmos ideacional... entrecruzados por diferentes culturas pampeanas, mapuches, hispano-criollas, los miles de pehuenches que hoy día viven en el valle del Queuco y el alto Bío-Bío, son una mezcla biológica y cultural que posee, a pesar de todo, una estructura social y cultural particular propia, no idéntica a la mapuche de los llanos o de la costa." (p. 113).

LUIS CARLOS PARENTINI